

AQUILINO DUQUE

ARTES Y OFICIOS

(Escritos sobre pintura y música)



Libros Canto y Cuento

HAY un olor y un sonido que me son familiares desde antes de tener uso de razón, que son el de la pintura y el de la música. La música y la pintura me acosaban con tal intensidad que las percibía más que nada como disciplinas a las que me tenía que someter. Mi madre tenía el título de profesora de piano y, con su hermana Anita, un año mayor que ella, fue a París con una beca sevillana. Cuando yo nací, o era muy pequeño, Anita dijo que haría de mí un pianista. A los dos años, ya no era de este mundo. Los otros dos hermanos que quedaban, Sara la mayor, y Domingo, el benjamín de la familia, un año más joven que mi madre y dieciocho que mi tía Sara, habían pasado por la Escuela Superior de Bellas Artes, sita en la casa, entonces a extramuros, de Gonzalo Bilbao y fueron alumnos aplicados de don Manuel González Santos. Ella, la mayor, tenía a sus espaldas estudios de Magisterio y de Comercio y siempre estuvo pendiente de la prole

de su hermana casada, a la que, en cuanto pudieron, que fue al acabar la guerra, que los pilló en Madrid haciendo oposiciones y pasaron en Marsella, a donde lograron ser evacuados, trajeron a Zufre un piano, del que se había visto privada durante los diez años transcurridos desde que se casó. Ese piano, por cierto, era también pianola, y a los niños nos servía de juguete. Nuestros rollos preferidos: El gato montés y Pavana capricho. También nos traían libros, que yo procuraba acaparar, pues leía desde los cuatro años y eran mi refugio predilecto. Esa afición a leer y coleccionar libros puede que fuera, no ya un refugio, sino una vía de escape entre las otras dos disciplinas, de suerte que muy pronto entendí que, si era artista, la poesía era mi manera de serlo.

A los nueve años visité por vez primera el Museo del Prado, de cuyo contenido tenía ya una idea por reproducciones en alguna revista que rodaba por casa o por los ABC de antes de la guerra que conservaba mi tía Guadalupe, hermana de mi padre. No tardaría en volver a él y de la mano de Sara y Domingo cada vez que pasaba por Madrid camino de Portugalete, donde él tenía su estudio, recibía a clientes y modelos y no faltaban revistas

de arte ni reproducciones de obras famosas de los mejores museos del mundo. Otro hecho fundamental en Portugalete fue que cursé un trimestre del segundo curso de bachillerato en el colegio de Santa María, entre compañeros de mi edad, y eso me hizo tomarme en serio la segunda enseñanza. Eso, y mis clases particulares de francés en Las Arenas, reforzaron mi adicción a la lectura, que llegaría a ser en mí una segunda naturaleza. Cuando ya a los quince años nos trasladamos a Sevilla y asistía al colegio que hasta entonces sólo pisaba cuando venía del pueblo a examinarme, el British Council abrió en Sevilla un Instituto en el que me apresuré a matricularme, de suerte que la literatura inglesa vino sumarse a la francesa en mis afanes de lector. No por eso cesó la presión familiar de las otras disciplinas, así que tuve que ir a clases de solfeo y piano y matricularme en la Escuela de Artes y Oficios. Me llegué a examinar de los tres cursos de solfeo en el Conservatorio y llegué a dominar algo el dibujo al carboncillo con alguna que otra tentativa acuarelística durante las vacaciones. Sin embargo, mientras todos mis compañeros querían ser tallistas, grabadores, pintores, yo logré terminar mi carrera de Leyes y

perseverar en el cultivo de la poesía.

De la poesía sólo diré, no sólo que fue mi vocación temprana, sino que gracias a ella logré abrirme camino, no ya en el mundo de las letras, sino incluso en mi vida profesional y en mi interés por aquellas disciplinas a las que nunca me sometí del todo y a cuya altura no estaba. Aun así, su atracción era tan poderosa como lo fue siempre la tauromaquia y llegó a serlo el flamenco, hasta el punto de que acogí con gusto y entusiasmo propuestas concretas para decir lo yo sentía y pensaba sobre quienes, a mi juicio, habían triunfado en artes y oficios a los que mi aportación pasaría de las palmas de mis manos a los garabatos de mi pluma.

Los trabajos aquí recogidos son, unos, homenajes a artistas contemporáneos con algunos de los cuales he tenido y tengo amistad; otros se deben a mi participación en efemérides o conmemoraciones diversas, como son los casos de Velázquez y de Mozart. La conferencia sobre Velázquez la compuse a petición de la Asociación Sevillana de Amigos de los Museos, que presidía el farmacéutico sevillano Leonardo Gaviño, y la leí en el Museo Provincial de Bellas Artes

acompañado del retrato del hijo del Greco por su padre. La repetí en el Palacio de las Naciones de Ginebra y en la Academia de España en Roma. Lo de Mozart se incluyó en un volumen sobre Sevilla en la Opera en torno a los fastos del 92 y con motivo de la inauguración del nuevo Teatro en lo que fuera la Maestranza de Artillería. Alguien, Luis Alberto de Cuenca, dijo de mí con cierta exageración: Con su oído privilegiado, Aquilino Duque puede acercarse a cualquiera de las bellas artes. Ni de vista ni de oído he podido presumir en esta vida; con todo, hice lo que pude para que ese acercamiento se produjera. Por suerte, mi modo de vivir me ha permitido el acceso a teatros y museos donde he asistido a acontecimientos únicos, de alto coturno, como una Twelfth Night, en Stratford-upon-Avon con Lawrence Olivier y Vivien Leigh en los papeles principales, un Firebird de Strawinsky con Margot Fonteyn en el Covent Garden, un Fidelio inolvidable en el castillo de Savonlinna, un Don Giovanni en el mismo teatro de Praga en que se estrenó, por no hablar de las grandes exposiciones del Greco en Toledo, de Velázquez en la Cartuja o de los cuadros del Prado en Ginebra en conmemoración

y reproducción de la celebrada en 1939 a raíz de su recuperación por el Gobierno Nacional. Tampoco olvido una exposición en el Ateneo ginebrino del Picasso que prefiero: el de la colección de Marie-Thérèse Walter. Pero junto a todo eso, no puedo olvidarme de festivales flamencos en Sevilla, en Córdoba, en Cádiz, en Madrid, en Jerez y...en Nueva Delhi, improvisado por mí. Si hablo de Moscú y San Petersburgo o de Italia, no acabamos nunca. Pero ya que han salido a relucir Picasso y Nueva Delhi, quiero reivindicar dos ocurrencias mías: una, la de los orígenes indostánicos de la siguriya gitana y otra, la convicción personal de que el Guernica de Picasso es en realidad un homenaje a la muerte de Ignacio Sánchez Mejías.

LA ESPAÑA DE VELÁZQUEZ

EXCUSO decir que no son ciertamente idílicas mis relaciones con la época que me ha tocado vivir, y si la vivo con alegría es por las fuerzas que me dan los santos de mi devoción, de algunos de los cuales voy a hablar, pues son españoles con los que convivo, de los que aprendo mucho cada día y sin los que yo no sería lo que soy. Uno de ellos pudiera ser don José Ortega y Gasset, cuando atribuye el “reposo de Velázquez...a un combate sin pausa contra todo su siglo.” Otro es aquel gran poeta amigo que fue Luis Rosales y nunca olvidaré la lección de hidalguía que me dio al decirme que, si los españoles somos “hijos de algo”, es gracias a Cervantes y a Velázquez.

En cualquier país y en cualquier época, las clases sociales cambian con el tiempo, y en el nuestro los cambios han sido revolucionarios. España los ha sufrido igual o más que los demás países europeos, pero por encima

de toda entomología sociológica, siempre efímera y transitoria, Cervantes entendió muy bien que los hombres en general, y los españoles en particular, se dividen en dos categorías: los hijos de algo y los hijos “de ninguno”, como se les llama en el Victorial de don Pedro Niño. Ser hijo de “algo” es más que ser hijo de “alguien”; “alguien” es la estirpe; “algo”, la estirpe más la conducta. Toda la dialéctica de nuestro Siglo de Oro está montada sobre la dicotomía del hidalgo y el pícaro, es decir, del hidalgo y el hideputa. Sobre un hidalgo, anacrónico ya en un mundo de pícaros, escribió Cervantes un libro del que los españoles aún podemos enorgullecernos, y ser hidalgo y ser reconocido y honrado como tal, e incluso como caballero, fue el afán primero de Velázquez.

Ahora bien, esa hidalguía de nacimiento que Velázquez siempre hizo valer y esa caballería a la que aspiró y que finalmente obtuvo, no era más que el reconocimiento y la dignificación social de aquello en lo que sabía que era un maestro: la pintura, un arte que él sabía sublime y que en su tiempo

estaba considerado como un oficio mecánico o servil. Al cruzarse de caballero santiaguista, la Pintura con mayúscula cobraba una nueva dimensión, acorde con la importancia que había venido teniendo desde que los artistas empezaron a firmar sus obras. Se ha hablado de la importancia indudable que tuvo para Velázquez el contacto personal con Rubens, con el embajador de los virreyes de Flandes, con el hombre que unía en su persona las dotes de gran artista y gran señor. En realidad, ese encuentro venía a confirmar algo de lo que Velázquez estaba convencido y era una etapa obligada en la carrera que le había trazado, con una clarividencia total, Francisco Pacheco.

Hay que retroceder hasta la Sevilla “puerta de oro de las Indias” para entender este cambio de mentalidad o, si se quiere, estas ínfulas de grandeza, de los artistas del XVI y el XVII. Y en esa Sevilla encontramos la tertulia de Pacheco y de Rioja, que no tiene parigual en la España de entonces, como no la tiene Sevilla que, más que capital de hecho de las Españas, es capital de Occidente. Por Sevilla entran en Europa las riquezas del Nuevo Mundo y

por Sevilla pasan a éste las formas artísticas y literarias de la Edad Moderna.

Con ocasión del V Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo, dijo Octavio Paz que la colonización española había incorporado las tierras americanas a la civilización del Renacimiento. Paz defendió siempre con orgullo la herencia precortesiana y precolombina de las tierras en que le tocó nacer, pero también sabía muy bien que él era producto de esa civilización europea que España trajo con la cruz y con la espada. No es éste el lugar de plantear el espinoso tema hoy día de la supremacía de unas civilizaciones sobre otras, pero tampoco es cosa de que nos engañemos a nosotros mismos. La Historia es lo que pasó, no lo que quisiéramos que hubiera pasado. Hace años me decía en Ginebra un escritor mejicano, Sergio Pitol, que los españoles teníamos la suerte de expresarnos en nuestra lengua propia, mientras que ellos tenían que hacerlo en una lengua ajena, impuesta por los conquistadores. Le dije que muchos escritores españoles estábamos en el mismo caso. Si a Carlos Fuentes le impuso

la lengua Cortés en 1521, a mí me la impuso Fernando III en 1248. Antes de esas fechas, como todo el mundo sabe, Carlos Fuentes escribía en náhuatl y yo en árabe. Quien dice Carlos Fuentes o quien dice yo, dice Juan Ruiz de Alarcón o Fernando de Herrera.

La idea fundamental de Herrera en sus Anotaciones a Garcilaso no fue ni mucho menos la de oponer lo que se ha dado en llamar la norma sevillana a la norma toledana o salmantina, sino de mostrar en qué medida se completaban en un afán de universalidad. Toledo y Salamanca, Garcilaso y Fray Luis de León; Sevilla, Herrera y Rioja. Esos eran los polos y las claves de la poesía española en unos tiempos en que también la pintura se hacía española gracias a Castilla y Andalucía. Hacia Castilla y Andalucía se desplaza en el siglo XVII el eje de la pintura española a expensas de Cataluña y Valencia, si hemos de hacer caso a don Manuel Bartolomé Cossío. Oigamos lo que dice:

“Hay pintores valencianos de primer orden, pero no forman el núcleo de carácter continuo que hace falta para constituir escuela. La

ÍNDICE

Prólogo.....	9
--------------	---

I

EL COLOR Y LA LÍNEA

La España de Velázquez.....	17
Vanguardia y paranoia.....	59
Los heraldos rojos.....	65
La estela luminosa de una crónica negra.....	73
El color y la línea.....	83
El arte como salvación	95
El sentido de una vida.....	105
La buena sombra de Sevilla.....	111
Piedra y destino de Isabel Roldán.....	119
La moderna pintura de Serna.....	123
Entre el ruedo y el tablado.....	129

II
LETRA Y MÚSICA

El habla y la copla.....	141
La fe en el Sur.....	175
La Santa Cueva y El Retablo de Maese Pedro.....	215



De este libro que recoge los textos dispersos que Aquilino Duque ha escrito sobre pintura y música se hicieron 200 ejemplares. Se terminó de imprimir el 1 de septiembre de 2020 bajo el cuidado de José Mateos.